

II. NICARAGUA: ¿TRANSICIÓN A LA TRANSICIÓN?

CONTRADICCIONES EN LA REVOLUCIÓN:

JORGE G. CASTAÑEDA

En el libro que publiqué a principios de este año, *Nicaragua: Contradicciones en la Revolución*, y en la discusión organizada por el Doctorado de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía sobre la revolución nicaragüense, traté de plantear dos tesis, que a mi parecer podían ser útiles para comprender cabalmente lo que estaba —y está— sucediendo en Nicaragua. Primera tesis: la política de alianzas del Frente Sandinista de Liberación Nacional, definida desde antes de la toma del poder, y dirigida principalmente hacia la burguesía nicaragüense antisomocista, era una novedad en la estrategia revolucionaria latinoamericana y, a la vez, una constante de la revolución sandinista. Segunda tesis: desde el periodo propiamente insurreccional y más aún, después del triunfo de la revolución, la relación del imperialismo estadounidense con dicha revolución constituía —y constituye— una novedad, una rectificación de la posición tradicional del capital financiero estadounidense, y de su gobierno, frente a revoluciones en nuestro continente.

A casi seis meses de distancia, con todo lo que implica un lapso como éste en la vida de una revolución, creo que ambas tesis siguen siendo válidas.

Desde mediados de marzo, la forma política que había cobrado la alianza entre el FSLN y la burguesía antisomocista, a saber, la alianza entre la vanguardia de las fuerzas populares y la representación política de la burguesía que encabezaba Alfonso Robelo, comenzó a sufrir serios deterioros. Con motivo de críticas hechas por Robelo al carácter polí-

tico de la campaña de alfabetización, así como de la organización, por parte del miembro de la Junta de Gobierno, del partido Movimiento Democrático Nicaragüense, el Frente Sandinista, a través de órganos oficiales pero no de primera instancia (*Barricada*, Radio Sandino, etcétera) emprendió una lucha ideológica de cierta fuerza contra Robelo y contra sus posiciones. Si bien esta primera división no adquirió mayores proporciones, dejó abierta la vía para lo que sucedería a finales de abril: la renuncia de Alfonso Robelo a la Junta de Gobierno, acompañada —aunque no por los mismos motivos— de la renuncia de Violeta Chamorro a la misma instancia.

En principio, la renuncia de ambos miembros de la Junta se debió, de manera más o menos explícita, a divergencias con los otros tres miembros, es decir con el FSLN, sobre la composición del Consejo de Estado, formado oficialmente el 4 de mayo. El FSLN había propuesto una composición distinta a la que preveía el Plan de Gobierno acordado antes del 19 de julio; la incorporación de las nuevas organizaciones de masas creadas desde esa fecha era la razón principal de dicho cambio. Robelo y Violeta Chamorro se opusieron; de allí su renuncia. Y de allí también la primera crisis política de la revolución sandinista: rota la forma que cobraba la alianza, podía romperse la alianza misma.

Esto no sucedió: si bien el detalle exacto de la negociación que hubo entre el FSLN y el COSEP (Consejo Superior de la Iniciativa Privada, primera organización patronal nicaragüense) se desconoce, el hecho es que la burguesía mantuvo su participación en el nuevo Consejo de Estado y aceptó la designación de dos nuevos miembros de la junta, también representantes de la burguesía antisomocista. Sólo que éstos no son representantes “históricos”; no son, *strictu sensu*, representantes: la nueva forma que ha cobrado la alianza es directa. La burguesía nicaragüense ya no negocia con el Frente Sandinista a través de representantes como Alfonso Robelo; negocia y acuerda directamente.

El hecho de que Alfonso Robelo y el MDN hagan política, y en cierto sentido la hagan en oposición al FSLN no cambia lo anterior. La alianza está recompuesta, bajo nuevas formas. Y lo está porque el FSLN mantuvo su política de alianzas: haciéndolas en verdad, reconociendo sin concesiones y realismo que toda política de alianzas se estrella en la existencia de intereses contradictorios.

La relación con el imperialismo estadounidense es otro asunto. La “luna de miel” duró poco tiempo: desde principios de enero de este

año comenzaron los problemas. El famoso (o notorio) préstamo de 75 millones de dólares, que nunca fue la principal "ayuda" de Estados Unidos, si bien había sido aprobado por el Congreso estadounidense, no se convertía en realidad. Surgieron campañas antinicaragüenses en la prensa y en ciertos medios estadounidenses; el deterioro general de la situación internacional (Afganistán, Irán) repercutía en las relaciones entre el Gobierno de Reconstrucción Nacional y el gobierno de Estados Unidos.

En Nicaragua misma, empezaba a agudizarse el sentimiento antimperialista de las masas, reflejándose en manifestaciones contra Estados Unidos. Parecía que la "nueva política" del Departamento de Estado había sido de corta duración.

Pero detrás de los jaloneos perduraba una constancia. El ejecutivo estadounidense mantenía públicamente su decisión de otorgar el préstamo y no exacerbar las cosas. Los círculos financieros y de opinión pública favorables a esta política en Estados Unidos (*New York Times*, *Washington Post*, *Wall Street Journal*) insistían en que era la *única* política posible; al mismo tiempo, los dirigentes de la revolución sandinista mantenían abiertos los canales y las puertas. Resultado: el día en que fueron nombrados los dos nuevos miembros de la Junta de Reconstrucción Nacional, fue aprobado el préstamo. Poco tiempo después, una delegación de alto nivel, encabezada justamente por Arturo Cruz, nuevo miembro de la Junta, realizó una visita a Washington, entrevistándose con el Secretario de Estado, Edmund Muskie y con los dirigentes de las agencias financieras internacionales con sede en esa capital (Robert McNamara, del Banco Mundial, Jacques de la Rosière del FMI y Ortiz Mena del BID). En esa ocasión, Arturo Cruz declaró que "Estados Unidos trata con respeto a Nicaragua". Y el canciller nicaragüense, Miguel D'Escotto decía algo que llevaba ya tiempo de no decir: "Las relaciones entre los dos países ahora son muy buenas y en lo que a nosotros respecta, no queremos antagonismos con Estados Unidos."

Dicho de otra manera: la oposición no-frontal, indirecta del imperialismo estadounidense a la revolución sindinista se ha mantenido, a pesar de la agudización de las tensiones en el mundo y a pesar del fuerte desarrollo de las fuerzas revolucionarias en Centroamérica, y en particular en El Salvador. ¿Significa esto que se mantendrá indefinidamente? Sería algo más que aventurado afirmarlo, pero lo que sí se puede conjeturar, desde ahora, es que esta "rectificación imperialista" no es algo coyuntural, es decir ligado y determinado exclu-

sivamente por el principio de la revolución sandinista. Lo cual no excluye, evidentemente, una intervención estadounidense en El Salvador o en Guatemala, o inclusive en Nicaragua. Sólo implica que algo está cambiando, no en el imperialismo, que es lo que siempre fue, pero sí en sus formas de ser el temible enemigo que ha sido.